



## LA MARIPOSA BLANCA.

Quizá os habrán dicho vuestros maestros, queridos niños, que Jorge Cuvier fué un célebre naturalista frances, llamado por su saber vastísimo el Aristóteles del siglo actual; pero tal vez no os han referido lo siguiente relacionado con su vida privada. Oídme, pues.

Cuvier tenía dos hijos, á quienes, por lo mismo que los amaba mucho, léjos de habituarlos al mimo y al regalo excesivo, acostumbraba al trabajo y á la práctica de los buenos sentimientos. Hubiera preferido verlos morir á verlos pertenecer al número de los hombres ignorantes ó egoistas que deshonran la sociedad.

Tales padres, tales hijos, dice con razon un conocido proverbio. Los tiernos vástagos del sabio virtuoso, sin perder su inocente alegría, nunca se asemejaron á los niños impertinentes que constituyen el tormento

del hogar y la plaga de los colegios.

Un dia paseábase el padre con los dos hijos en un jardin delicioso, enseñándolos á leer en el libro sublime de la naturaleza. El céfiro de primavera hacía cantar los follajes, y enjambres de mariposillas jugaban con los rayos del sol. Cuvier las perseguía, deseando aumentar su coleccion de insectos. De repente una mariposa, blanca como la plata abrillantada por la luz, se eleva hácia el cielo azul jugueteando, y el naturalista se esfuerza en atraparla con la red de figura cónica que sirve para tal objeto, juzgándola interesante para sus estudios de historia natural.

Cuando más afanado corria Cuvier tras de la joya alada, acudió un criado á participarle que le aguardaba en la sala un personaje á quien no podia desairar. El naturalista en-

tregó á sus hijos la red en forma de manga, diciéndoles:

— Usadla alternativamente como buenos hermanos que sois, y jamas disputeis. Aquel de vosotros que coja la mariposa blanca recibirá dos besos míos.

— ¡Dos besos de papá! repitieron los niños cariñosos con entusiasmo.

El mayor, valido de su derecho de primogenitura, manejó primero la red, sin poder coger la mariposa; el segundo le reemplazó con la misma suerte adversa. La mariposilla, posada en la rosa ó en la azucena, los dejaba acercarse, tomaba luégo vuelo, danzaba en los aires, y se remontaba dichosa hácia la bóveda celeste.

— ¡Qué bonita es y qué alegre está! exclamó Benjamin. Casi sentiré que logremos cogerla.

— ¿Olvidas los besos de papá? contestó el primogénito, dando caza nuevamente al jugueton animalillo. Un grito de triunfo anunció su victoria. La red habia caido al fin sobre el lindo insecto que libaba un clavel, y la mariposa blanca cesó de remontarse, como una flor de plata abri-llantada por el sol, hácia el firmamento azul.

— Sujeta la red, Benjamin, evitando que se abra, dijo el mayor de los hermanitos. Voy á ver si ya se han ido los visitantes que impiden á papá venir al jardin.

Benjamin quedó solo con la blanca mariposilla, que se agitaba vanamente, pretendiendo huir de un cautiverio precursor de la muerte. El niño creyó oirla llorar.

— ¿Qué diria papá, murmuró, si me encerrasen y se dispusiesen á traspasarme con una espada, como nosotros vamos á traspasar con un alfiler el cuerpecillo de este insecto? Pediria á Dios enviase algun ángel que, abriendo las puertas de mi prision, me restituyese la libertad. ¡Ah! yo seré para tí, pobrecilla, el ángel libertador, por mucho que me duela perder los besos de mi padre.

Y Benjamin abrió la red, dejando salir la mariposa, que volvió á elevarse semejante á una flor de plata bañada de luz. El niño sensible creyó oirla cantar.

Momentos despues llegó el naturalista con su primogénito. En lugar de ver la mariposa dentro de la red, vióla girar en el aire, subiendo hácia la celeste bóveda con los efluvios del reino vegetal.

— ¿Cómo se escapó la mariposa blanca? preguntó con viveza á Benjamin.

— Diré la verdad, papá, pues V. me ha mandado que no mienta, respondió el niño temblando. La dejé huir voluntariamente.

— Tu hermano cogió la mariposa y ha venido á pedirme la recompensa prometida, observó Cuvier con severidad. ¿Motivaria tu accion la passion de las almas bajas, la ruin envidia?

— ¡Oh! no, papá; castígueme, máteme V. cuando divise en mi seno esa serpiente asquerosa. No soy envidioso, sino compasivo. La mariposa habia revoloteado con tanta alegría, que me llené de tristeza pri-

vándola de su felicidad; me habia divertido tanto con sus juegos, que juzgué crueldad darle muerte en pago del placer que me proporcionó. Perdóneme V., papá, si pensando en el dolor que V. tendria si algun malvado me esclavizase, en el contento que experimentaria V. si en tal circunstancia viniese á favorecerme un ángel del Señor, he ansiado ser el ángel piadoso para la mariposilla encarcelada.

Cuvier tendió la mano sobre la cabeza de su hijo.

— Grande es la ciencia, queridos mios, dijo solemnemente; grande la sabiduría, grande el talento verdadero; pero sobre esas grandezas se eleva otra todavía más grata á los ojos de Dios y á los del hombre justo.

— ¿Cuál es, papá?

— La de la *Bondad*, que nos hace amar y ser amados, sin la que valen poco las dotes intelectuales, y con la que adquirimos las virtudes del corazón. Toma los dos besos que ganaste obedeciéndome y cogiendo la mariposa, agregó Cuvier acariciando á su hijo mayor. Recibe tú tres por haberla dejado escapar, cediendo á la sensibilidad de una índole generosa, prosiguió, besando con fervor á Benjamin.

Y la mariposa blanca, semejante á una flor de plata brillantada por la luz, continuó jugando al sol, revoloteando en los aires y remontándose hácia el cielo azul.

FELICIA.

Milan, 1875.

## LAS CONSTELACIONES.

Nuestro sistema planetario está compuesto de un sol mil cuatrocientas veces mayor que la tierra, y de planetas que giran en torno suyo á distancias diversas, y por consiguiente, en períodos de tiempo más ó menos largo; algunos arrastran consigo en su marcha á otros varios planetas más pequeños que se llaman satélites. *Mercurio, Venus, la Tierra, Marte*, un grupo de pequeños planetas que sólo pueden verse con fuertes anteojos; despues *Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno*, son los planetas de primer orden. Los de segundo orden

están divididos del modo siguiente: La *Tierra* tiene uno, *Júpiter* tiene cuatro, *Saturno* tiene ocho, *Urano* ocho tambien, y *Neptuno* uno. Hay otros cuerpos errantes que tambien pertenecen á nuestro sistema; se alejan á inmensas distancias del Sol, y despues se aproximan mucho á éste; se los llama cometas, porque aparecen casi siempre acompañados de un rastro luminoso que parece una cbellera. Se han visto ya gran número de cometas, pero no se sabe cuántos hay.

Todos estos cuerpos cambian de

sitio con relacion á las estrellas; éstas, por contraposicion, se llaman estrellas fijas, porque ocupan siempre la misma posición con respecto unas á las otras. Parece que se encuentran animadas de un movimiento comun alrededor de la Tierra que se verifica en veinticuatro horas; pero este movimiento no es más que aparente, y efecto de la revolucion de nuestra Tierra, que, girando sobre sí misma de Occidente á Oriente sin que nosotros lo sintamos, nos hace ver el Sol y las estrellas girando en sentido contrario de Oriente á Occidente.

Levantad los ojos al cielo en una hermosa noche del mes de Setiembre, y decidme si es más soberbio el espectáculo de un hermoso dia. ¿Querriais tomaros el trabajo de contar esas innumerables estrellas que están diseminadas por todo el cielo? ¿Querriais encargaros de retener en vuestra memoria los sitios que ocupan para encontrarlas fácilmente todas las noches? Vuestra atencion, vuestra memoria no serian suficientes. Todas las que veis á simple vista no son más que una parte muy pequeña de las que nos muestra el telescopio. Este nos las hace contar por millones. ¿Cómo nos arreglaríamos para formar el catálogo de todos estos cuerpos luminosos, que son sin duda soles análogos al nuestro? Notad, hijos míos, que, puesto que la tierra es una esfera, nosotros no podemos ver en un momento dado más que la mitad de los cielos; desde el otro lado de la esfera se ve la otra mitad. El cielo ha sido dividido des-

de un principio en dos hemisferios ó mitades de esfera; así, del mismo modo que la tierra, el cielo tiene su hemisferio Norte y su hemisferio Sur.

Los astrónomos han dividido las estrellas en grupos, que denominan constelaciones, á cada una de las cuales han dado un nombre, sacado ya de la fábula, ya de la historia, ya de los reinos de la naturaleza. Las estrellas de cada constelacion han recibido en seguida los nombres de letras griegas ó romanas, y á veces de una cifra. Gracias á este medio no hay tanta confusion, y con un poco de estudio se puede llegar á conocer una estrella en medio de esa inmensidad.

Segun que las estrellas despiden más ó ménos claridad, se dividen en estrellas de primera magnitud, segunda, tercera, etc.; desde la sexta magnitud las estrellas dejan de ser visibles sin antejo. Los astrónomos cuentan unas ciento ocho constelaciones en los dos hemisferios. Asomaos una noche al balcon y descubriréis algunas de las principales. Reconoceréis con facilidad los grupos de estrellas que se ven á todas horas de la noche, que parece giran alrededor de la estrella polar, y que por esta causa han sido llamadas circumpolares. Veréis la *Osa mayor*, que tambien se llama *Carro de David*; se compone de ochenta y siete estrellas, de las cuales siete son magníficas; cuatro parecen dispuestas como las ruedas de un carro, y las otras tres están á continuacion las unas

de las otras como tres caballos, y marcan una línea curva. Si por las dos ruedas de atrás del carro, estrellas que también se llaman *Guardias*, se tira una línea recta, se llega á la estrella polar, que es la última de la cola de la *Osa menor*: constelacion bastante parecida á la *Osa mayor*, pero que está dispuesta en sentido inverso y sus estrellas tienen ménos brillo. Por medio de la *Osa mayor*, que es fácil reconocer, se encuentra al momento la estrella polar, y por consiguiente, los cuatro puntos cardinales. Nada hay, pues, más fácil que orientarse de noche no habiendo nubes. La *Osa mayor* cuenta vein-

tidos estrellas. *Cefeo* tiene cincuenta y ocho; *Casiopea*, sesenta; *el Dragon*, ochenta y cinco; *la Cabellera de Berenice*, ó *la gabilla de trigo*, cuarenta y tres, etc. En el hemisferio Sur se nota *la Ballena*, que presenta ciento dos estrellas; *el Perro grande*, que tiene cincuenta y cuatro, entre las cuales hay una magnífica, llamada *Sirio*; *Orion*, la más hermosa de todas las constelaciones por su extension y sus noventa estrellas, y otros muchos grupos más que sería largo y poco útil enumerar. ¡Qué inmensidad, hijos míos!

TH. LEBRUN.



## UN ENFERMO, Á UN VASO DE AGUA.

### DÉCIMAS.

Un vaso de agua. — ¡Oh placer!  
 ¡Qué ardiente sed satisfago!  
 Quiero, bebido este trago,  
 Pararme á sentir y á ver.  
 Fiel el vaso, al parecer,  
 Del dón que ofrece se engrie;  
 Y tú, donde el bien sonrie  
 Al mustio labio anhelante,  
 Purísimo eres diamante,  
 Que el dedo de Dios deslie.

Si tu caudal fuera escaso,  
 Si el ser yo tu posesor  
 Me costára tu valor,  
 ¿Con qué pagára este vaso?  
 Mas tú te brindas al paso  
 En aire, en muros, en suelo;  
 Y el hombre, libre de anhelo,  
 Olvida en la posesion,  
 Que un vaso de agua es un dón  
 Preciosísimo del cielo.

Milagrosa obras en mí,  
 Desde que tu néctar libo:  
 Con otro aliento revivo,  
 Regenerado por tí.  
 De lucha en que me rendí,  
 Me levanto vencedor;  
 En mi espíritu y humor  
 Paz de oracion blanda cae:  
 ¡Bien haya sed que me trae  
 Un bien que me hace mejor!

Ciencia, que en clara doctrina  
 Los componentes me prestas,  
 Mientras tú los manifiestas,  
 Yo adoro al que los combina.  
 Á luz, para mí divina,  
 Quiere mi credulidad  
 Ver hasta la saciedad,

Agua, en tu naturaleza,  
 Las gracias de la pureza,  
 La imágen de la verdad.

Como siempre algun dolor  
 Ha de ir al placer unido,  
 Lanzo de pronto un quejido  
 En mi júbilo mayor.  
 Despues que con tal favor  
 Vida me vienes á dar,  
 Tú, que corres sin cesar,  
 ¡Dulce fuente, néctar mio!  
 ¿Te ha de viciar turbio el rio,  
 Salobre y amargo el mar?

«Alta ley cumplo, inmutable  
 (Me respondes): limpia llevo  
 Al rio, y allí me entrego,  
 De mí en todo irresponsable.  
 Ni manos tengo ni cable,  
 Ni de pararme intencion,  
 Ni pérdida de sazon  
 Mi sosiego sobresalta:  
 Pureza nunca me falta  
 Para mi alegre mision.»

Purezas, que la merced  
 Mayor del cielo formais,  
 Y en el hombre suscitais  
 Viva, devorante sed,  
 Castas, doctas, retened  
 El dón de más celsitud;  
 Rechazad solicitud,  
 Que su lealtad no acrisola:  
 Sed habeis de apagar sola  
 De labios de la virtud.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH (1).

*Abril de 1875.*

(1) Esta preciosa composicion la ha escrito expresamente para Los Niños, nuestro querido amigo, el ilustre autor de tantas obras notables. Mucho le agradecemos este gran favor, y estamos seguros de que tambien lo agradecerán nuestros lectores.



## EL GIGANTE DE LA FRENTE DE ORO.

*(Continuacion.)*

—¿Adónde vas, criatura de Dios? gritóle Elisa corriendo á su encuentro.

—A dar una vuelta, me fastidio en casa.

—Pero ¿no adviertes que al primer tropezon se te vuelve á abrir la herida y perdemos todo lo ganado?

—¿Y quién te ha dicho á tí, remilgada, que yo voy á darme un trompazo?

—Toma, no hay más que mirarte.

Adolfo abrió la boca para preguntar por qué; pero el demonio del orgullo díjole al oido que era demasiado sabio para preguntar cosa alguna, y se contentó con dar á Elisa un fuerte empellon hácia la casa diciéndole:

—¡Eres más tonta!.....

—Mira, vén, y te contaré un cuento, insistió la niña, atrayendo dulcemente á su brutal hermano hasta obligarle á sentarse en el escalon del portal.—Pues, señor, este era un sabio, muy sabio, y preguntándole cierto sujeto cómo se las componia para saber tanto, contestó: «No avergonzándome nunca de preguntar lo que ignoro.»

—Pues mira que el cuento es largo y entretenido, dijo Adolfo eludiendo la indirecta.

—Vaya éste, á ver si le hallas más

chispa: habia otro sabio, ó mejor dicho, uno que tenía excelentes condiciones para serlo, pero que el pobre era muy desgraciado, y por no preguntar una sola cosa, ni fué sabio ni fué feliz.

Adolfo iba á contestar montado en cólera, no pudiendo desentenderse por más tiempo; pero al ver que su hermana tenía arrasados en lágrimas los ojos, sintió algo en su corazon que le obligó á bajar la cabeza y guardar silencio.

—Acabemos, Elisa, dijo, venciendo vigorosamente su orgullo; ¿qué debo hacer?

—Nada más, contestó ésta serenando su rostro, que bajar un tanto la frente y olvidarte del dón que el gigante te hiciera, como no sea para emplearlo en bien de tus semejantes y en corregir tus defectos.

Adolfo levantóse y echó á andar á toda prisa; la vergüenza y la emocion le ahogaban, y le parecia que eso de dejarse enternecer era impropio de su persona.

Dos horas despues regresaba con las mejillas encendidas, la boca risueña y la frente tersa y radiante. En aquel espacio tan corto nuestro mancebito habia aprendido mucho. Al volver la vista en torno suyo descubrió muchas cosas que desconocia

por completo. ¡Cuán hermoso apareció á sus ojos el campo, testigo de sus dichosos juegos y pasada alegría! ¡Qué lindas las silvestres florecitas, tan modestas en galas como ricas en fragancia! ¡Qué alegres los cristalineros arroyos, los cuales tantas veces refrescaron su abrasada frente cuan-

do no ceñía otra corona que sus enortijados cabellos ni otra luz que la inocencia! Tan halagüena perspectiva, que desde mucho tiempo hacía no miraba, fortaleció su abatido espíritu y regocijó su corazón.

(Se continuará.)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

## ESCENAS INFANTILES.



Arturo y Juliana, que son hermanos, están siempre riñendo por quien ha de tener éste ó el otro juguete, y todo el día están acudiendo en queja á su mamá. Francamente, estas riñas y estas quejas entre hermanos, son cosa muy fea, y espero que ellos y todos los hermanos que puedan hallarse en el mismo caso se corrijan prontamente de tan grave defecto.





DIOS.

¡ Dios de los mundos! ¿ Cómo no cantarte,  
Si llena ésta mi alma de tu nombre?  
¡ Dios de la eternidad! ¿ Cómo nombrarte,  
Cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡ Oh sumo Dios! El alma que me diste  
Ni callar ni cantar tu nombre osa.....  
¡ Sólo sabe ofrecerte el llanto triste  
Que de este pobre corazón rebosa!

¡ Llanto de amor, que en su amargura encierra  
A la vez la desdicha y el consuelo!  
¡ Inmenso amor, sin término en la tierra,  
Que, ansioso de su bien, aspira al cielo!

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS.

Han vuelto ya.

Sí, otra vez oigo su dulce canto cuando, muy tempranito, por su cantar tal vez, despierto en estas mañanas de Abril. Han vuelto las golondrinas, que no hace mucho, en el pasado otoño, abandonaron sus nidos, y con ellos mi pobre casita.

Otra vez cantan y oigo yo sus dulces melodías: porque ahora vienen gozosas, ya que se fueron tristes; ahora buscan los nidos que antes fabricaron, antes, digo, sí, el otro año cuando por vez primera vinieron, y junto á mi ventana fabricaron su nido.

¿Serán las que ahora cantan las mismas que el otro año venían á mí, y en su pico llevaban las migas de pan?

Tal vez sí, tal vez han vuelto al hogar que abandonaron cuando las brisas de Setiembre las dirigieron hácia el África.

Entonces surcaron atrevidas las olas, y atrevidas lograron coger tierra africana: pobres viajeras, sólo sus alas, débiles y ligeras, tenían para esfuerzo tan grande.

Lo recuerdo, sí: cuando hace unos meses, ya no vi más á mis queridasavecillas, mi imaginación volaba con ellas, y yo las acompañaba á través del Estrecho y quería protegerlas, darles fuerzas si es que no las tenían.

Sí, sí; yo iba con ellas, yo quería

seguirlas, y no comprendía que sólo mi mente acalorada podía forjarse ilusión tan fugaz.

Ellas partieron solas, y solas debían cruzar las olas: en estas no podían encontrar apoyo ni descanso, en el mar embravecido sólo podían hallar su tumba.

Y los padres iban con sus hijuelos, con aquellos pequeñuelos que yo acaricié, con los pobres pajaritos que no podían tener la resistencia, la fuerza de los que les dieron el ser.

Tal vez alguna madre vió á su hijo que, faltó de vigor, rendido de fatiga, apenas si volaba, cuando aún lejos estaba la africana orilla; tal vez pudo infundirle en su lengua maravillosa el vigor que no poseyera, la fuerza que casi tuviera agotada.

¡Puede tanto una madre!

Yo las seguía con mi mente cuando se fueron: mi pensamiento iba con ellas: no marchaban, pues, solas.

Ahora las veo; se han olvidado de las fatigas de su primer viaje y han emprendido el segundo; no sé si alguna falta, porque no puedo reconocerlas.

Y faltará tal vez alguna; que no todas habrán podido encontrar la suspirada orilla, la arenosa playa donde reposo hallar después de tan prolongado viaje.

¿Y á qué vienen?

Ellas lo saben: aquí realizan sus

amores, aquí crían sus hijuelos; de aquí partieron y aquí vuelven para otra vez marchar.

Porque cuando los frios vengan otra vez, ellas no estarán ya aquí, entónces no quedará ni una sola, que no quieren morir de frio, en verdad, las pobrecillas.

No hay que pensar, ya que ahora vienen, en si han de marchar: áun tienen largo tiempo, pues han de hacer su nido, sacar sus hijuelos, y han de criarlos tambien.

¡Cuántos cuidados, cuántas ternuras, cuántos afanes han de costarles sus queridos hijos!

Por eso ya las veis cómo buscan los materiales para su nido, y, entre tanto, cantan, y en su canto expresan sus esperanzas.

Esperanzas he dicho: las tienen en el fruto de sus amores: ellas, las pobrecillas, preven los hijos ántes de que rompan la débil pared del huevecillo.

Y gozan pensando en sus afanes, y saben que cuando nazcan sus hijitos éstos les pedirán el alimento y ellas tendrán que afanarse en buscarlo.

¡Afanarse!

Y qué es eso, si el afan es por el hijo, si por éste dieran su propia existencia?

Cuando en su nido se oiga el dulce piar de los pajarillos, ellas cantarán de gozo ante la realizacion completa de su deseo: miéntras este caso no llegue, su canto sólo expresará su esperanza.

Y así viven felices y libres, ya que

no temen al hombre, porque de él son respetadas y queridas. Por esto viven entre nosotros, por esto tal vez entran en nuestra casa para en nuestra propia morada hacer su pequeña casita.

¿Por qué el hombre, niños queridísimos, no ha de aprender en las golondrinas?

¿Por qué ha de ser enemigo de los pájaros de quienes debia ser amigo afectuoso y protector constante?

Ellos serian todos como las golondrinas son; seguramente no temerian al que, léjos de hacerles daño, les dispensára la proteccion que merecen.

Sí; las golondrinas nos dicen cómo pagan con su amor el amor que les tenemos; mas el hombre no quiere ver lo que ante sus ojos tiene, y cruda guerra hace á los pájaros. Por esto todos huyen, todos, ante la presencia del hombre, y hacen bien, que sólo de ese modo pueden conservar su existencia.

Pero volvamos á nuestras pobres amiguitas; ahora mismo las oigo cantar junto á mi ventana.

¿Deberé abrirla?

¿Deberé ponerles, como el otro año hiciera, las migas de pan que alegres recogian?

Sí; de ese modo veré si son las que yo protegía, si han recordado mi pobre casita, si han venido en busca del nido que el frio les hizo abandonar.

Voy, pues, á hacerlo: estoy seguro de que, si son, deben recordar mi proteccion.

Lo he hecho, y no acuden: ó temen ó no recuerdan ya lo que fuí para ellas.

Y no cesan un momento en su alegre canto, y revolotean como si quisieran llegar hasta mí.

¿Serán, al fin, las mismas?

Debo retirarme: si son las que hace meses se fueron, si han vuelto á mi hogar en él buscando el suyo, ya llegarán al momento á coger el regalo que les he colocado.

Creo que vienen: yo, retirado, las observo sin que puedan verme.

Temen, sin duda: una ha venido hasta la ventana y ha vuelto á donde las demas se encuentran: cantan todas y vuelan á la vez.

¿Vendrán?

Sí, sí; todas comen ya las migas;

la que primero llegó á mi ventana ha reconocido perfectamente el sitio donde tantas veces iguales regalos disfrutára, y habrá comunicado á las otras que pueden venir con seguridad.

Benditas sean las que no han abandonado al que tanta proteccion ántes les diera, al que les dió el alimento de sus pequeñuelos.

Ellas no conocen la ingratitud, no olvidan los beneficios: ahora oiré al despertar su dulce canto, y hasta el otoño tendré su amante compañía.

¡Benditas sean ellas que no son, como los hombres, ingratas; ellas, que no olvidan los beneficios!

E. THUILLIER.

*Puerto de Santa Maria, Abril, 1875.*





## EL PADRE ENFERMO.

Todo es llanto y amargura  
 En el triste pobre hogar,  
 Que el buen esposo y buen padre  
 Enfermó de gravedad,

Y fueron muchos los días  
 Que estuvo sin trabajar;  
 Y si el padre no trabaja,  
 Los hijos no tienen pan.

— No lloreis, ayer decia,  
Que me siento mejor ya  
Y podré volver muy pronto  
Al trabajo con afan.  
Por vosotros vivir quiero,  
Por vosotros nada más.  
Porque si muero, ¡Dios mio!  
De vosotros, ¿qué será?.....

Más profunda la tristeza  
Es hoy en el pobre hogar,  
Que el médico ha pronunciado  
Una sentencia fatal.  
Para trabajar inútil  
Dijo que el enfermo está,  
Y que si al trabajo vuelve  
La vida le ha de costar.  
¿Quién del amoroso padre  
El dolor expresará?.....  
— Si yo no trabajo, exclama,  
¿Quién dará á mis hijos pan?  
Y pensando que su vida

Útil ya no les será,  
Á Dios pide pronta muerte  
Con que acabe su pesar.

Pero, no; tres hijos tiene,  
Y ellos no consentirán  
Que muera desesperado  
Por no poder trabajar.  
Ya cumplió como buen padre,  
La salud perdió quizá,  
Para la madre y los hijos  
Trabajando sin cesar.  
Ellos le deben la vida,  
Y al verle sin fuerzas ya,  
Los cuidados que le deben  
Con creces le pagarán.  
A quien tan buen padre ha sido  
Dios no puede abandonar.....  
Y en sus hijos recompensa  
De su virtud hallará.

FRONTAURA.

## ESCENAS INFANTILES.

Fueron cuatro hermanitos con sus papás á pasar lo riguroso del verano del año 1873 á una de las provincias del Norte. Vivian en una bonita casa de campo cuidada por un hortelano, en la que habia profusion de árboles frutales de todas clases, gallinas, gansos, pavos reales y un perro más fiel que la guardia civil. A su llegada podeis, queridos lectores, imaginaros cuál sería su alegría: temperatura agradable, casa buena, jardin, hortaliza, fruta y animales domésticos para complemento: todo era alegría y regocijo entre aquellos hermanitos, y pasaban jugando el

dia, ora en la huerta, ora con las gallinas, con los patos, los pavos ó con el perro. Os contaré varios episodios de los que allí pasaron los niños, que, dicho sea de paso, tenían diversas edades, y aunque semejantes en gustos y parecidos en afecciones, no dejó de haber sus enfados, sus quejas y hasta plañideros llantos, como salsa y aderezo de semejante cónclave.

Les impresionó desagradablemente, en medio de todo, ver al perro sujeto de un collar á una pequeña vivienda de madera que le servia de casa, y empezaron á familiarizarse con él, llevándole de comer de todo;

el perro estaba tan mal cuidado, que más era un esqueleto cubierto por su piel que verdadero perro; éste, con su instinto natural, aunque joven, parecía haberlos conocido toda la vida; los perros quieren mucho al hombre, pero mucho más á los muchachos, con quienes, como todos sabéis, juegan y no les obedecen con el temor de tanto castigo como al hombre; no habia quien le tuviera sujeto desde que los pequeños jugaban alrededor de él; así es que los aullidos del animal, interpretados por ellos por llanto, les movieron á ir á pedir en comision su libertad, que, en vista de las razones alegadas por la asamblea infantil, fué otorgada por los papás; desde aquel momento no volvió el perro á estar sujeto. De comun acuerdo los protagonistas se erigieron en protectores de todos los animales, y Rosarito se encargó de cuidar á las gallinas, de quien decia que era madre; la niña Antonia lo fué de los pavos reales; el niño mayor, Santiago, del perro, y el más pequeño, de los patos. Así las cosas, cada uno creia tener dominio sobre unos más que sobre otros; pero este no era inconveniente para dar las miguitas de pan á las gallinas, á los patos ó al perro indistintamente unos ú otros, y tal maña se dieron los chicos, que hasta los patos venian á comer á la mano.

El pobre perro, que estaba escuálido porque su comida habia sido ordinariamente escasa, corria con ellos y les acompañaba á todas partes, y le hacian mil cosas, incluso el bañar-

le, y le bautizaron con el nombre de *Canelo*, porque su color era rubio oscuro. *Canelo* arriba y *Canelo* abajo, se le veia por todos lados y á todas horas; pero se aproximaba la de marchar: el perro se habia puesto hasta gordo, lo cual era natural, pues se le habia dado una vida de convidado perpétuo, y era preciso dejarle. ¡Allí fué Troya! Las súplicas, los llantos y los ofrecimientos de todos eran á porfía. Quién decia: «¡Ah, esto es una crueldad, le hemos encontrado muriéndose de hambre! ¡Ya no le darán de comer, y se morirá, y eso es horrible!» Cuál exclamaba: «¡Nos quiere tanto! ¡Es tan cariñoso! Vamos, papá, llevémosle á casa; es dócil, y nos lame las manos, y juega con nosotros.» El papá, por oirlos y explorar sus sentimientos, les dijo: «El llevarlo cuesta bastante dinero, y no es cosa de gastar en eso; yo no puedo costear ese gasto.» A lo cual le argumentaron que de sus ahorros, y aunque se quedáran sin un cuarto, darian para pagar el tren; visto lo cual el papá accedió, y todos empezaron á echar sus cuentas de lo que podian dar para ver si habia bastante. «¡Quién sabe, decian, si nos librárá algun dia de algun peligro, agradecido al bien que le hemos hecho!» Y todos gritaban y saltaban.

Cuando una gallina empezaba á cacarear, anuncio próximo de la postura de su huevo, estaban una ó más horas viendo á la gallina y sin perderla ningun movimiento, y á cierta distancia de ella, hasta que se levantaba de su puesto dejando su postu-

ra, que inmediatamente se cogía y se subía á pública exposicion, con una alegría inexplicable, diciendo que se la habian visto poner.

Todos los dias se cogian flores y se colocaban en los vasos, alternando la magnolia con la hortensia, la dalia y la rosa entre el mirto y el arrayan, y cada dia acudian presurosos á ofrecer á su mamá una flor más bonita, con la que formaban un desaliñado ramo, pero aromático y bello, sin pretensiones, y como hecho por la Rosarito ó Angelito.

Un magnífico magnolio que habia frente de la casa y á pocos pasos de distancia, y cuya sombra proporcionaba gran espacio para librarse de los rayos solares, era el sitio elegido para estar algunos ratos, y ya se subian á él, ya se colgaban, ya de-

cian hacer gimnasia, ya, en fin, se disputaban el puesto, y por último, solia acabarse la funcion con algun duo ó terceto desconocido de gritos y sollozos, que era preciso no oír para evitar mayores males.

Otros ratos se convertian los pequeños en ilustres arquitectos, que se creian más inteligentes que Herrera, haciendo casas con tejitas, palitos y barro, algunos en ingenieros, haciendo puentes y túneles del ferrocarril, donde se imitaba la locomotora con toda perfeccion, se simulaban estaciones, despacho de billetes, y..... descarrilamientos. En fin, pasaban el dia tan agradablemente, que era aquello un eden.

(Se continuará.)

JOSÉ DIAZ BENITO.

## ADVERTENCIA.

Pronto repartiremos una nueva decoracion para el *Teatro de los Niños*.

Agotados los tomos I, III, IV, V y VII de Los Niños, estamos haciendo nuevamente la reimpresion de los mismos, para servir á los muchos suscritores que no tienen completa la coleccion y desean adquirir los tomos que les faltan.

Pueden los que se hallen en este caso remitirnos aviso de los tomos que desean, y su importe, y serán servidos á medida que estén reimpresos los tomos.

La empresa de Los Niños tiene establecida, como en Madrid en la Plaza de Matute, una Administracion en Barcelona, librería de D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva, núm. 5, á cuya Administracion pueden dirigirse para suscripciones y compra de tomos las personas que tienen su residencia en aquella ciudad.

MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, núm. 5.